

SOBRE ALGUNOS ARTEFACTOS DE HUESO DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

Por CIRO RENÉ LAFÓN

INTRODUCCIÓN.

La utilización del hueso como materia prima para la fabricación de toda clase de utensilios ha sido común a casi todas las culturas del Noroeste Argentino pero, hasta ahora, no ha sido motivo esta industria de especial consideración por los investigadores, atraídos siempre por otros materiales, que, como la alfarería, son centro de mayor interés. A lo largo de la literatura arqueológica las menciones que se hacen del material óseo son la mayor parte de las veces circunstanciales, cuando no excepcionales, y casi nunca van acompañadas por una adecuada discriminación tipológica como para tener una idea acertada de su particular significación frente a los restantes elementos patrimoniales que se estudian.

La abundancia de objetos de hueso en los yacimientos de la Quebrada de Humahuaca; su presencia casi constante en todos ellos; la variedad de formas y tipos, algunos de ellos exclusivos; la posibilidad de extraer alguna consecuencia importante de su estudio detallado, y por sobre todas las cosas, la necesidad de una mirada de conjunto sobre el tema, imprescindible para poder establecer correlaciones con alguna seguridad, han sido las causas reales del presente ensayo que aspira colmar una laguna en la bibliografía arqueológica de Humahuaca.

El primer grupo de fuentes que hemos utilizado está integrado por aquellas publicaciones que de una manera u otra se refieren a nuestro asunto; el segundo grupo está integrado por las colecciones del Museo Etnográfico, entidad que ostenta como tradición y orgullo la investigación arqueológica en los yacimientos humahuaqueños, desde principios de siglo. Hemos tenido en cuenta para nuestra exégesis 21 yacimientos ubicados a lo largo de la Quebrada, algunos de ellos inéditos, cuya lista puede verse en la fig. 1.

El paso inicial fué la determinación de formas y tipos; luego la definición, clasificación y discusión acerca de su uso y nomenclatura, cuan-

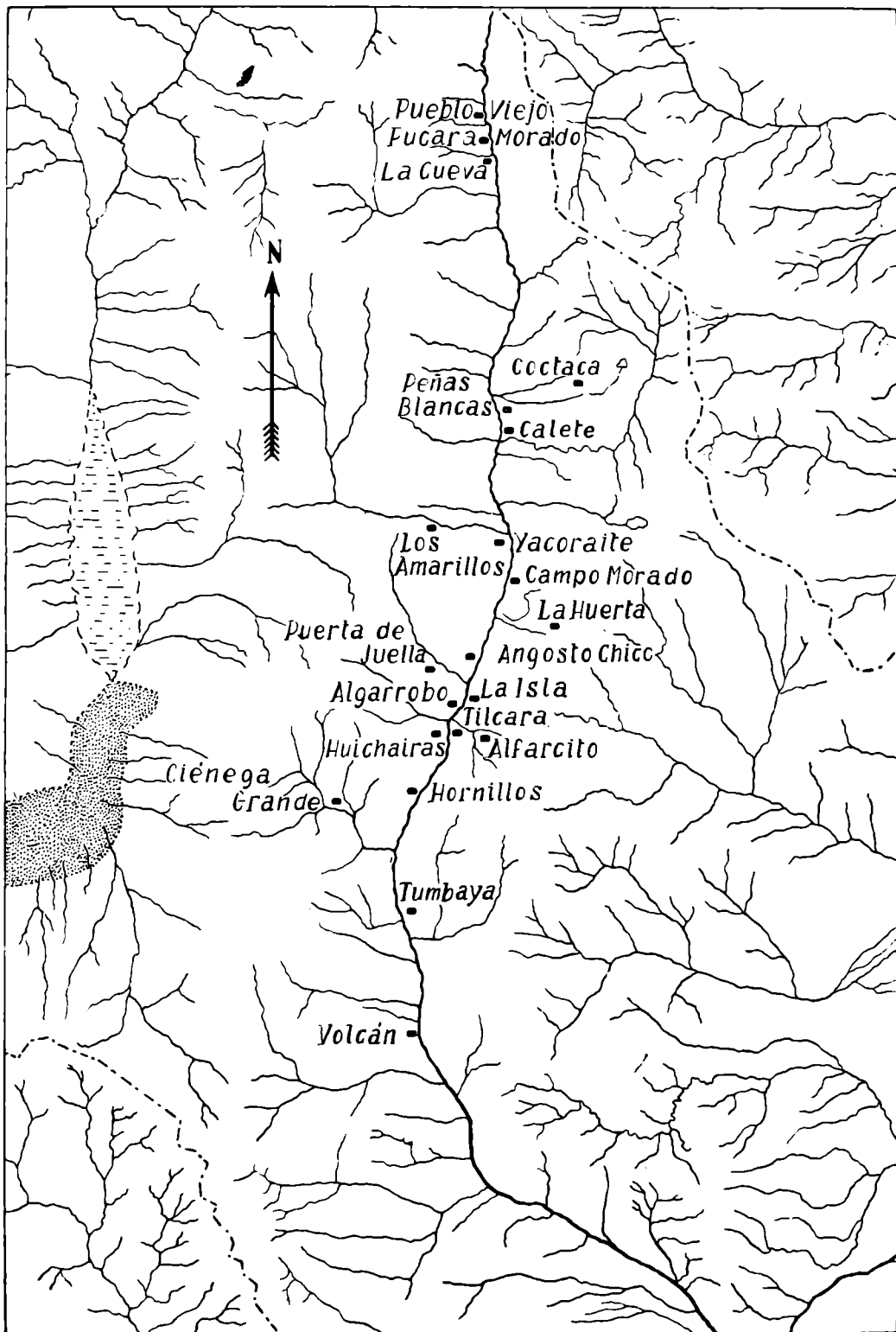


Fig. 1 — Croquis esquemático de la Quebrada de Humahuaca con la ubicación de los yacimientos a que se hace referencia en el presente trabajo

do fué posible. Cumplida esta tarea, confeccionamos los mapas de dispersión particulares de la Quebrada y generales, cuando el objeto así lo requirió por su particular significación. La tabulación subsiguiente complementa los mapas que no figuran en texto. Finalmente, las conclusiones condensan las observaciones y resultados de nuestro trabajo. El orden de exposición reproduce, paso a paso, el de nuestra investigación.

Entendemos facilitar así no sólo la comprensión de nuestra línea de pensamiento sino también una crítica menuda que suele ser, a veces, el resultado más valioso que proporcionan los trabajos que ostentan la índole del que a continuación acometeremos.

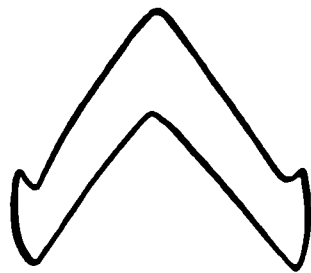
Una última palabra. Queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento a la Srta. Carmen Marengo, ex integrante del personal técnico del Instituto de Arqueología interinamente a nuestro cargo, por su intervención activa y eficiente, en la primera parte de este trabajo.

MORFOLOGÍA.

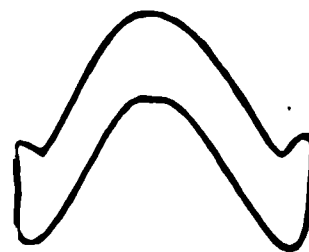
I. Las *horquetas de atalaje* o tarabitas constituyen de por sí un utensilio de morfología tan definida e inconfundible por la frecuencia de su hallazgo en dilatadas áreas de nuestro país, que su sola mención equivale a su definición. Confeccionadas en madera, su presencia ha sido constatada en todos los yacimientos de la Quebrada, aunque no con la abundancia con que aparecen en el Altiplano Andino (Casanova, 1938). Su hallazgo frecuente en la región atacameña, en la Quebrada del Toro y aún en las cabeceras de los Valles Calchaquíes (Salas, 1945, pág. 181) permiten reconocer en ellas un elemento patrimonial común a estas áreas, tan distintas entre sí en otros aspectos. No debemos olvidar que estas horquetas de atalaje o tarabitas integran la unidad de artefactos que Bennett (1948) denominara «Puna Complex» presente en varias áreas arqueológicas del Noroeste.

Su exacto valor como elemento de diagnóstico se nos escapa todavía, pero el campo de posibilidades es enorme. Bástenos recordar que objetos similares morfológicamente, en el mismo material, se conocen en gran número en zonas muy alejadas geográficamente, como el SO de los Estados Unidos (Pepper, 1920) y que no es éste el único rasgo cultural que recuerda la cultura de los indios *Pueblos* (Cf. Ambrosetti, 1901).

Horquetas de atalaje confeccionadas en hueso existen en la Quebrada de Humahuaca, aunque en una proporción tan reducida que concede a su presencia el carácter de excepcional. En nuestra requisa



A



B

Volcán		+ (1)
Tumbaya		
Ciénega Grande		
Huichairas		
Hornillos		+ (1)
Tilcara	+ (1)	+ (3)
Algarrobo		
Alfarcito		
La Isla		
Puerta de Juella		
Angosto Chico		
La Huerta		+ (1)
Campo Morado		
Yacoraite	+ (1)	+ (1)
Los Amarillos	+ (1)	
Calete		
Peñas Blancas		
Coctaca		+ (1)
La Cueva		
Pucará Morado		
Pueblo Viejo		

Dispersión de las horquetas de atalaje en la Quebrada de Humahuaca

Referencias:

1, *Volcán* (Gatto, 1946, lám. V); 2, *Hornillos* (Casanova, 1942 b, fig. 5); 3, *Tilcara* (Museo Etnográfico, piezas N.º 4188, 4903, 8254 y 35169); 4, *La Huerta* (Lafón, 1951); 5, *Yacoraite* (Museo Etnográfico, piezas N.º 26442 y 26595) 6, *Los Amarillos* (Marengo, 1954, fig. 46); 7, *Coctaca* (Museo Etnográfico, pieza N.º 41-1060).

FIGURA 2

sólo hemos podido hallar once, distribuídas en siete yacimientos y, más aún, son, aparentemente, propias de este sector cultural. (fig. 2).

La confección de horquetas de atalaje de hueso representó sin duda un problema técnico para el artesano que se decidió a probar sus habilidades con una materia prima diferente. Es evidente que su manufactura no fué tan fácil como ocurría con las de madera (Cf. Latcham, 1930, p. 141) puesto que tuvo que fabricarlas a expensas de uno de los huesos grandes, de cuyas dimensiones dependió la abertura, no así la forma completamente plana que se observa en algunos ejemplares.

Pese a lo reducido de nuestra serie se distinguen en ella dos tipos claramente diferenciados. El primero, recuerda exactamente las de madera, sus antecesoras directas sin ninguna duda. Afectan la forma de un codo, de abertura mayor o menor, que nunca alcanza a ser un ángulo recto, con sendas cabezas talladas en los extremo. El segundo, representa un mejoramiento técnico y un alejamiento de la forma de origen. La diferencia que existe con el tipo anterior reside en que si trazamos una línea imaginaria que una las dos cabezas, la superficie delimitada es un trapecio y no un triángulo como en aquel caso (fig. 2.).

Un detalle común para ambos tipos consiste en que el reborde que delimita la cabeza no aparece en la cara interna, lisa en toda su extensión. La forma general de las cabezas es casi siempre cuneiforme, aunque en aquéllas que ilustran una técnica menos depurada, son prácticamente cilíndricas.

El tamaño en todos los casos, es menor que el término medio de las horquetas de madera y haría entre 3 y 6 cm. para la altura de las ramas y 2 a 4 cm. para la abertura.

La reducida dispersión de las horquetas de hueso nos habla de una especialización local, máxime si consideramos que no aparecen en las otras culturas del noroeste y no tenemos noticias de que aparezcan en ninguna de las culturas del Antiguo Perú.

II. Los *torteros de hueso*, constituyen un tipo de utensilio de hallazgo esporádico, tanto que sólo conocemos cinco ejemplares. Sus características morfológicas elementales, un simple disco plano perforado, y su poca frecuencia nos inhibe para ninguna otra consideración. A estar de lo que sabemos, el hallazgo más septentrional se ubica en Peñas Blancas (Humahuaca), que corresponde a la pieza N.º 26.672 del Museo Etnográfico y al que dió a conocer Márquez Miranda (1945). Los restantes son de Ciénega Grande (Salas, 1945. fig. 118). La Huerta (Lafón, 1954) y Los Amarillos (Marengo, 1954).

III. Los *peines* confeccionados sobre huesos planos, de espesor variable y longitud diferente, no representan un instrumento típico, en el exacto sentido del término, de la cultura omaguaca. En la serie que hemos podido estudiar, los dientes han sido logrados mediante una hendidura que al profundizarse, permitió la separación de aquéllos; sobre la extremidad del hueso largo la hendidura ha sido realizada con un instrumento de filo más ó menos agudo, con un movimiento de va y ven perpendicular al cuerpo del observador, que hizo más fuerza en la zona cercana al borde, donde originó la separación de los dientes.

En muchos de los ejemplares puede observarse todavía un surco, menos profundo a medida que nos alejamos de los dientes, como prueba de aquella técnica.

De acuerdo con las características externas es posible agruparlos en tres tipos bien caracterizados y uno de carácter excepcional.

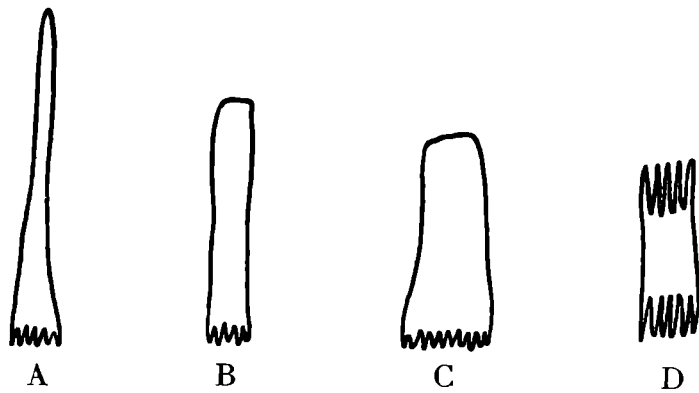
El tipo A, de forma triangular alargada y poco espesor. Está totalmente pulido con mucho cuidado, sobre todo el extremo opuesto a los dientes, que resulta muy aguzado, lo que posiblemente haya permitido su doble utilización, alguna vez como peine y otra como punzón, o por lo menos, como instrumento de punta aguda.

El tipo B está integrado por peines de forma rectangular, sección trapezoidal y espesor mayor que los del tipo A. La superficie externa está muy bien pulida, de tal manera que no es posible confundir su pulimento con el desgaste producido por el uso intensivo.

El tipo C muestra el grado mínimo de desarrollo en la técnica empleada. Tiene una forma poligonal irregular, generalmente cuadrangular y espesor variable. Se han trabajado los dientes directamente sobre el trozo de hueso sin mayores cuidados y apenas si el pulimento alcanzó para aguzarlas. El aspecto general, es tosco con relación a los tipos A y B.

El tipo D se caracteriza por una doble fila de dientes, una en cada extremo. Los demás detalles de técnica los asimilan a los del tipo B. Conocemos tan sólo dos ejemplares, de *Tilcara* y *La Huerta* respectivamente. (fig. 3).

De acuerdo a nuestras informaciones, no existen peines de hueso en el resto del Noroeste y sí instrumentos similares en la Quebrada del Toro y en La Paya (Boman, 1908, pl I, pl XXVII, h) y Ambrosetti, 1907, fig. 254). Para el antiguo Perú, conocemos dos que caen en el tipo A (Baessler, 1903-4; y Museo Etnográfico, N.º 33385). Lucen un acabado más perfecto, son de apariencia más sólida, tienen mayor espesor y los dientes más finos, más aguzados y más numerosos, y a ellos deben adscribirse los de la Puna (M. E. 43-1286; 43-1287).



Volcán		+ (1)	+ (2)
Tumbaya			
Ciénega Grande			
Huichairas			
Hornillos			
Tilcara	+ (3)	+ (12)	+ (2)
Algarrobo			
Alfarcito			
La Isla			
Puerta de Juella	+ (1)		
Angosto Chico	+ (1)		
La Huerta	+ (1)		+ (1)
Campo Morado			+ (2)
Yacoraite	+ (1)		
Los Amarillos	+ (2)	+ (1)	+ (1)
Calete			
Peñas Blancas			
Coctaca			
La Cueva			
Pucará Morado			
Pueblo Viejo			

Dispersión de los peines en la Quebrada de Humahuaca

Referencias:

1, *Volcán* (Gatto, 1946, lám. V); 2, *Tilcara* (Museo Etnográfico, piezas N.º 35199, 35197, 44-3116, 44-3118, 44-3119, 35206); 3, *Puerta de Juella* (Museo Etnográfico, pieza N.º 44-741); 4, *Angosto Chico* (Casanova, 1942 b, fig. 3); 5, *Campo Morado* (Museo Etnográfico, piezas N.º 25744 y 25716); 6, *Yacoraite* (Museo Etnográfico, pieza N.º 26585); 7, *Los Amarillos* (Marengo, 1954, fig. 45); 8, *La Huerta* (Museo Etnográfico, pieza N.º 25198 y Lafón, 1951).

FIGURA 3

IV. Las *espátulas*, con todas sus variantes, constituyen un utensilio digno de especial atención. Las hemos agrupado en espátulas simples y espátulas en forma de topo. La característica común, es que se trata de instrumentos alargados, de sección variable y punta redondeada. Las dimensiones varían según el hueso utilizado para fabricarlas. Las espátulas simples son las más abundantes. Generalmente la sección es cóncavo convexa y aparecen pulidas totalmente. En algunos casos, es evidente que se han fracturado y han vuelto a pulir el extremo roto para fabricar un nuevo instrumento. Ciertos ejemplares se han construido a expensas de alguna costilla que posee ya morfología adecuada. (Salas, 1945, pág. 253). Sólo dos, N.º 8168 y 26901 del Museo Etnográfico, procedentes de *Tilcara* y *Yacoraite* respectivamente, están decoradas con el mismo motivo circular y punto central, motivo común a otros objetos de hueso.

Aparecen en la Quebrada en casi todos los yacimientos, en algunos sitios de la Puna, en las cabeceras del Valle Calchaquí y en el centro, aunque las fuentes bibliográficas y las colecciones del Museo Etnográfico no son muy ricas. El hallazgo más meridional corresponde a Santiago del Estero.

Las espátulas en forma de topo se descomponen a los efectos de su descripción, en dos partes complementarias: una sección ensanchada o cabeza, de forma variable, que ostenta una concavidad más o menos profunda, y una sección alargada, o cuerpo, de longitud también variable, cuyo extremo es afilado o romo. Un tercer detalle, accesorio, está dado por dos aditamentos laterales, las aletas, simétricas, colocadas inmediatamente debajo de la cabeza. La distinta combinación de estos elementos y las variaciones individuales, permiten la integración de una serie de tipos que a continuación detallamos.

El tipo A tiene el cuerpo en forma de triángulo isósceles, con el vértice hacia abajo, en cuya base se apoya la cabeza, cuya concavidad está levemente indicada. A veces en la parte superior del cuerpo aparece un estrangulamiento que ya está anunciando futuras aletas.

En el tipo B la cabeza, las aletas y el cuerpo forman un todo armónico y continuo, en el que la concavidad si no falta por completo, está apenas insinuada. Constituye el tipo predominante en el área Humahuaca.

En el tipo C, la cabeza larga y aplanada se presenta sin solución de continuidad con el cuerpo. Tiene una concavidad enmarcada por un reborde que reproduce la forma de aquélla. Las aletas y protuberancias

están bien marcadas por una incisión que sigue el borde del cuerpo y colocadas directamente sobre él.

En el tipo D, tampoco hay solución de continuidad entre cuerpo y cabeza. Esta es piriforme con una depresión bien neta. Las aletas son casi siempre semicirculares y colocadas inmediatamente por debajo de la cabeza.

El tipo E se caracteriza porque la cabeza sufre un estrangulamiento en su tercio inferior, que se prolonga luego en dos saliencias triangulares con borde inferior horizontal, que limita radicalmente cuerpo y cabeza. Las aletas son semicirculares y junto con la concavidad piriforme, alargada en este caso, prueban su derivación a partir del tipo D.

En el tipo F, el borde de la cabeza, luego del estrangulamiento, se prolonga en aletas casi rectangulares, de modo que ahora deben considerarse como formando parte de la cabeza y no del cuerpo. La concavidad, bien delimitada por un reborde, es claviforme de base plana.

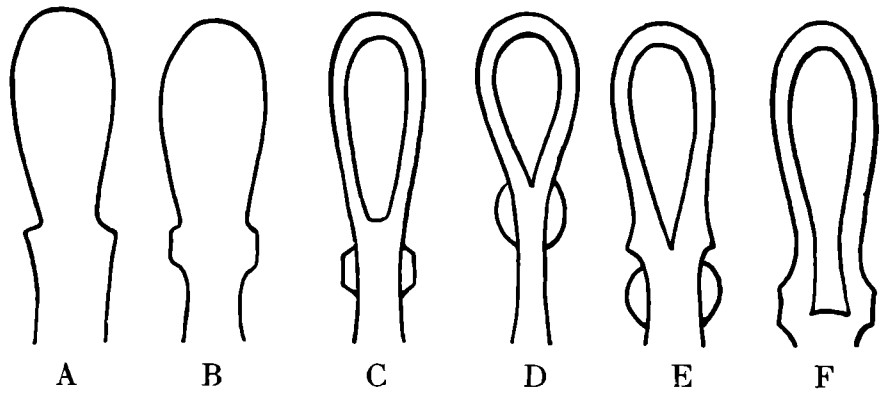
La perfección de técnica en los tipos F y E es extraordinaria, quizá la terminación más perfecta que conocemos para los artefactos de hueso del noroeste. (fig. 4).

Discusión. El aspecto funcional de los utensilios que venimos de clasificar plantea una cuestión difícil de resolver y trae aparejado, al mismo tiempo, un problema de nomenclatura.

Ciertos autores, por asimilación a los topos de metal, les dieron ese nombre, atribuyéndoles el mismo uso. Ambrosetti (1907, pág. 434 y ss.) frente a sus hallazgos de La Paya los denomina «alfileres espatuliformes». Boman (1908, pág. 640) también suscribe la misma opinión, especificando que sirvieron para sujetar las vestiduras.

Otro grupo de especialistas, con Von Rosen (1924, pág. 41) a la cabeza, opinan que sirvieron para llevar la «llista» a la boca, según una vieja idea de Nordenskjöld. También, en cierto modo, los vincula con las tabletas de madera, sin dejar de admitir la posibilidad de que estos objetos, parecidos a cucharas, hayan podido servir como alfileres de adorno. Montell (1926, pág. 37) los denomina «ash spoon for coca» y Ryder (1944, pág. 191) «lime-spoons»; ambos siguen la interpretación ya citada.

Latcham (1938, pág. 195 y ss.) no admite la designación topo, los llama espátulas y dice que muchos de ellos han servido para tejer redes. Salas (1945, pág. 253 y ss.) desmenuza las ideas de Latcham, admite que no son topos, pero al referirse a ellos los llama «epátulas» (?) con signo de interrogación. Serrano (1945, pág. 252 y ss.) también cree que no son



Volcán					
Tumbaya					
Ciénega Grande				+	
Huichairas					
Hornillos					
Tilcara	+	+	+	+	+
Algarrobo					
Alfarcito					
La Isla		+	+		
Puerta de Juella					
Angosto Chico					
La Huerta		+			
Campo Morado					+
Yacoraite		+			+
Los Amarillos	+	+	+	+	
Calete					
Peñas Blancas		+		+	+
Coctaca		+			
La Cueva					
Pucará Morado					
Pueblo Viejo					

Dispersión de las espátulas en forma de topo en la Quebrada de Humahuaca

Referencias:

1, *Ciénega Grande* (Salas, 1945, fig. 124); 2, *Tilcara* (Museo Etnográfico, piezas N.º 8688, 44-3094, 44-3099, 44-3100, 44-3095, 7534, 3586, 20376 y 44-3093); 3, *La Isla* (Debenedetti, 1910, fig. 117); 4, *La Huerta* (Lafon, 1950); 5, *Campo Morado* (Museo Etnográfico, pieza N.º 25775); 6, *Yacoraite* (Museo Etnográfico, piezas N.º 26525 y 26583); 7, *Los Amarillos* (Marengo, 1954, fig. 44); 8, *Peñas Blancas* (Museo Etnográfico, piezas N.º 26725, 26693 y 26708); 9, *Coctaca* (Museo Etnográfico, pieza N.º 41-1139).

FIGURA 4

ni topos ni alfileres, pero soslaya, quizá de propósito, el asunto nomenclatura.

Mostny (1952, pág. 16 y ss) frente a varios objetos semejantes a nuestras espátulas opta por ambas denominaciones. Para uno confeccionado en hueso, que apareció sujetando vestiduras sobre una momia, acepta el nombre «topo», sin excluir su uso para otros fines; en cambio para otros tres ejemplares, de madera, con punta roma, se inclina por la ya citada interpretación de Nordenskjöld y otros, considerando que son utensilios complementarios de tubos y tabletas para aspirar rapé.

Bennett (1948, pág. 32) con salomónica decisión los llama «pinlike spoons» y Marengo (1954, pág. 35) considera que deben llamarse «topos», salvo aquellos casos en que el extremo sea definitivamente espátuliforme, dada la trama generalmente no muy apretada de los tejidos prehistóricos.

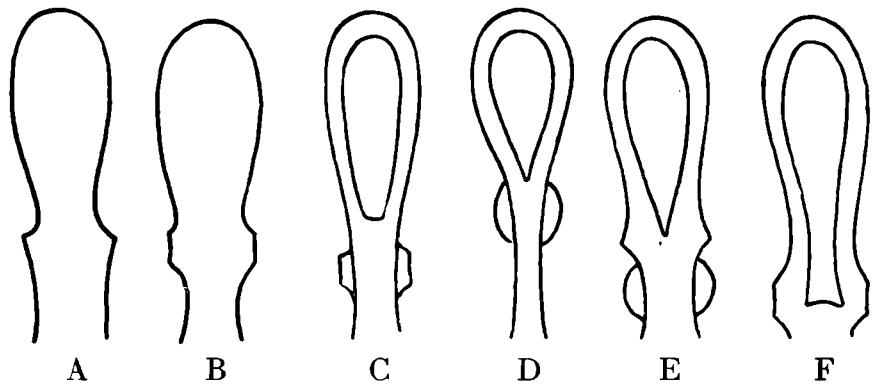
Ante esta disparidad de criterios hemos adoptado la denominación espátulas en forma de topos teniendo en cuenta la cabeza y no el extremo inferior, fracturado muchas veces y sin morfología constante. No excluimos, en modo alguno, el uso múltiple, que incluye su uso como espátula, como topo y como cuchara.

En nuestro mapa de dispersión hemos incluido las espátulas en forma de topo típicas de la región atacameña porque pensamos que, morfológicamente, los tigrillos (Latcham, 1938, pág. 195) no son más que las aletas transformadas (fig. 5).

V. Los *tubos de hueso*, lisos o decorados, de dimensiones diversas, son de hallazgo frecuente en todos los yacimientos de la Quebrada de Humahuaca. Han sido elaborados sobre huesos largos, eliminando la parte esponjosa y alisando con cuidado la cara externa. Suponemos que la mayoría formó parte de cornetas, aunque otros hayan estado destinados a otros usos que quizá nunca podamos llegar a conocer en toda su complejidad.

En su carácter de tubos intermedios de cornetas, con sus extremos cortados a bisel, no ostentan decoración alguna ni detalles dignos de mención. La gran mayoría tiene todavía restos de sustancias resinosas que sirvieron para unirlos. Aunque el tamaño de los restantes es demasiado corto, no debemos rechazar la posibilidad de que se trate de tubos para beber (Menchín-González, 1954, pág. 249). (fig. 6).

VI. Las *boquillas para cornetas*, son tubos de hueso de forma trapecoidal, de 4 a 5 cm. de longitud, más anchas en la base que en la boca,



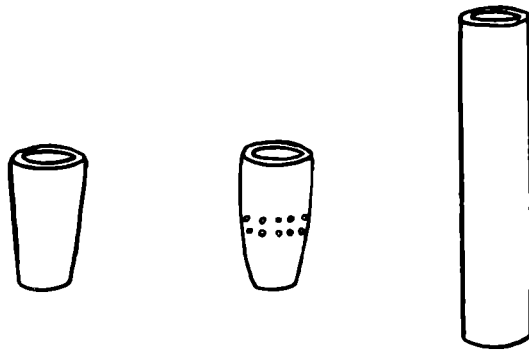
Q. de Hum.	+	+	+	+	+	+
Doncellas		+	+			
Casabindo	+					
Calama			+		+	
P. de Rincon.			+			
Atacama (1)	+				+	
Chiu-Chiu			+			
La Paya	+	+	+	+		+
Amaicha	+	+				
La Ciénega		+				

Referencias:

Q. de Humahuaca (ver cuadro de dispersión anterior); *Doncellas* (M. E. N.º 41-656, 42-2272, 42-1103, 43-1359); *Casabindo* (Von Rosen, 1924, fig. 63); *Calama* (Boman, 1908, fig. 171); *P. de Rinconada* (Boman, 1908, fig. 138); *Atacama* (Latham, 1938, fig. 67); *Chiu-Chiu* (Ryden, 1944, fig. 115); *La Paya* (Ambrosetti, 1907, fig. 226); *Amaicha* (M. E. N.º 44-3076; 44-3078; 44-3079); *La Ciénega* (Debenedetti, 1931, pl. LXVI).

Nota (1): Incluyen los «tigrillos» como última transformación de las aletas.

FIGURA 5



Volcán	+		
Tumbaya			
Ciénega Grande	+		+
Huichairas	+	+	
Hornillos	+		
Tilcara	+		+
Algarrobo			
Alfarcito			
La Isla	+		+
Puerta de Juella	+		
Angosto Chico	+		+
La Huerta	+		+
Campo Morado			
Yacoraite	+		+
Los Amarillos	+	+	+
Calete			
Peñas Blancas	+		
Coctaca	+	+	+
La Cueva			
Pucará Morado			
Pueblo Viejo			

Dispersión de las boquillas de corneta en la Quebrada de Humahuaca

Referencias:

1, *Volcán* (Gatto, 1946, lám. V); 2, *Ciénega Grande* (Salas 1945, fig. 120); 3, *Huichairas* (Museo Etnográfico, piezas N° 37-103); 4, *Hornillos* (Casanova, 1942 b, fig. 5); 5, *Tilcara* (Museo Etnográfico, piezas N.° 8249, 44-3150, 44-3151, 44-3126, 44-3160); 6, *La Isla* (Museo Etnográfico, pieza N.° 37-151); 7, *Puerta de Juella* (Museo Etnográfico, pieza N° 41-740); 8, *Angosto Chico* (Museo Etnográfico, piezas N° 37-830, 38-123); 9, *La Huerta* (Lafón, 1954); 10, *Yacoraite* (Museo Etnográfico, piezas N.° 26526); 11, *Los Amarillos* (Marengo, 1954); 12, *Peñas Blancas* (Museo Etnográfico, pieza N.° 26672); 13, *Coctaca* (Museo Etnográfico, piezas N.° 41-1109, 42-173, 42-175).

FIGURA 6

que sirvieron de embocadura a instrumentos musicales de viento llamados genéricamente cornetas. La pared externa ha sido alisada con todo cuidado y pulida a la perfección, especialmente el extremo más delgado que se introducía en la boca.

Las llamadas cornetas en la Quebrada de Humahuaca están construidas generalmente por tres tubos de diámetro y forma distintas unidas entre sí por diversas sustancias resinosas, cuyos restos pueden observarse todavía en muchas de ellas (Marengo, 1954, pág. 34). El primero de los tubos corresponde a las llamadas «boquillas»; el segundo, el que venimos de describir como simple tubo y el tercero, de mayor volumen, es el que recibe el nombre de campana. En casos excepcionales, se agregó un cuarto tubo y en otros casos, una calabaza como caja de resonancia.

Las «boquillas» más largas, de 10 a 12 cm, han sido utilizadas en otra clase de instrumentos de viento integrados solamente por una calabaza y la boquilla propiamente dicha. (Debenedetti, 1917, pág. 61).

La gran mayoría son lisas, pero se conocen varias decoradas con motivos geométricos de carácter muy simple, como por ejemplo, el círculo con punto central.

VII. Las *campanas* para cornetas constituyen un utensilio de hallazgo muy común en casi todos los yacimientos conocidos de la zona. Son tubos de hueso, obtenidos a partir de la parte más ancha de algunos huesos largos, cuya finalidad fué convertirse en el tercer segmento de las cornetas que mencionamos más arriba. Son alargados y su diámetro aumenta de arriba hacia abajo a partir de la altura media, de tal manera que su perfil resulta casi spatular. La sección es una curva cerrada casi arriñonada cuyas variantes dependen de la altura a que se haya seccionado el hueso.

Frecuentemente, estas campanas ostentan en la cara externa una decoración compuesta por motivos variados y complejos, algunos de los cuales son de sumo interés porque no son propios del arte humahuaca.

Y es sintomático que estos motivos aparezcan en objetos que representan aparentemente una especialización local. En efecto, salvo en Famatina (Debenedetti, 1917, pág. 61) donde apareció un ejemplar compuesto por tres tubos de distinto diámetro, y en Tastil (Boman, 1908, fig. 78) donde se hallaron dos boquillas y dos campanas, no tenemos por el momento noticias de la existencia de instrumentos semejantes en el resto del Noroeste. Marengo (1954, pág. 36) llama la atención

sobre aquellas particularidades decorativas y la asimila a ciertos motivos propios del área diaguita. (fig. 7).

Discusión. Los últimos tres elementos que acabamos de estudiar componen un instrumento musical, la corneta, que pasa por ser un instrumento típico de los antiguos humahuacas y como tal ha sido aceptado.

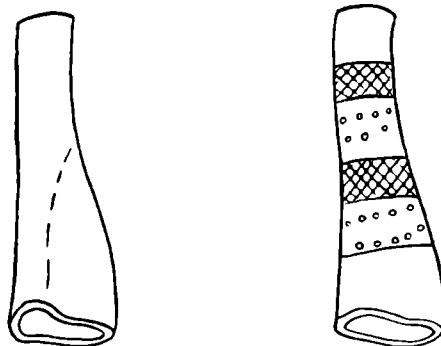
Sin embargo, estamos en condiciones de oponer ciertos reparos a esta afirmación. En primer lugar diremos que por sus caracteres morfológicos deben denominarse trompetas y no cornetas (Isikowitz, 1935, pág. 215). Más específicamente hablando, trompetas compuestas. Así se desprende de la aplicación del criterio de este autor, ya clásico para la materia. Lo mismo ocurre con el otro tipo de trompeta, compuesto únicamente por un tubo y una calabaza, que citamos en su oportunidad.

En cuanto al valor diagnóstico de las trompetas de hueso de Humahuaca debemos poner de manifiesto algo que es digno de ser tenido en cuenta.

Las trompetas, simples o compuestas son comunes en Sud América, y su presencia ha sido verificada tanto en el sector occidental, hasta el extremo sur, como en el sector oriental (Nordenskjöld, 1920) desde hace tiempo. Estudios más recientes (Isikowitz, 1935, pág. 235) reconocen que su centro de dispersión debe ubicarse en Brasil, y que, probablemente, fueron los Tupí-Guaraní quienes las llevaron consigo a otros lugares. En la obra de Isikowitz aparecen también los Arawak como responsables de la presencia en Famatina de trompetas compuestas.

Nuestro mapa de dispersión de las trompetas de la Quebrada completan en cierto modo el camino de esta invención en su desplazamiento hacia el Sur. Por el Oeste, en la Puna, Casabindo y Morohuasi (Von Rosen, 1923, pág. 114, fig. 146-7 y pág. 205 y ss. fig. 220-1) demuestran su expansión extrema. También debemos remarcar que en el antiguo Perú parecen faltar por completo, a estar de nuestras informaciones, lo que en su momento puede permitir alguna inferencia de carácter cronológico.

VIII. *Instrumentos puntiagudos.* En la consideración de este grupo de utensilios enfrentamos otra vez la grave cuestión de la funcionalidad imprescindible para fijar una nomenclatura adecuada. Así pues, nos decidimos a adoptar la denominación que Menghín y González (1954, pág. 246) fijaron para los instrumentos óseos de *Ongamira*, evitando así el espinoso asunto de precisar el uso de cada uno. Por supuesto que el caso es distinto, pero, con las salvedades necesarias, es válida su aplicación en nuestra tipología. (fig. 8).



Volcán	+ (2)	
Tumbaya		
Ciénega Grande	+ (3)	
Huichairas	+ (1)	
Hornillos	+ (1)	+ (1)
Tilcara	+ (3)	+ (10)
Algarrobo		
Alfarcito		
La Isla		
Puerta de Juella		
Angosto Chico	+ (1)	+ (1)
La Huerta	+	
Campo Morado		
Yacoraite	+ (1)	+ (2)
Los Amarillos	+ (4)	+ (5)
Calete		
Peñas Blancas	+ (1)	
Coctaca	+ (1)	
La Cuevas		
Pucará Morado		
Pueblo Viejo		

Dispersión de las campanas de corneta en la Quebrada de Humahuaca

Referencias:

1, *Volcán* (Gatto, 1946, lám. V); 2, *Ciénega Grande* (Salas, 1945, fig. 122); 3, *Hornillos* (Casanova, 1942 b, fig. 5); 4, *Tilcara* (Museo Etnográfico, piezas N.º 5993, 6037, 6000, 8200, 25825); 5, *Angosto Chico* (Casanova, 1942 a, fig. 3); 6, *La Huerta* (Lafón, 1951); 7, *Yacoraite* (Museo Etnográfico, piezas N.º 26502, 26515); 8, *Los Amarillos* (Marengo, 1954, fig. 42 y 43); 9, *Coctaca* (Museo Etnográfico, pieza N.º 41-1087); 10, *Huichairas* (Museo Etnográfico, pieza N.º 37-97); 11, *Peñas Blancas* (Museo Etnográfico, pieza N.º 26673).

FIGURA 7

La primera clase, integrada por los instrumentos más aislados, está representada por una serie de astillas de huesos largos, pulidas sólo en un extremo, sin morfología más definida. Fueron sin duda utilizados como punzones o perforadores.

La segunda clase la componen utensilios de aspecto más burdo y pesado, fabricados sobre huesos largos, aprovechando la diáfisis como empuñadura. Son más fuertes y más anchos que los de la clase anterior. (Salas, 1945, fig. 118 b).

La tercera incluye astas de cérvidos, con señales evidentes de haber sido trabajadas, que aparecen en casi todos los yacimientos.

También han sido utilizadas como perforadores. Muchas veces aparecen intactas y han sido consideradas «restos de comida». (Salas, 1945, pág. 256).

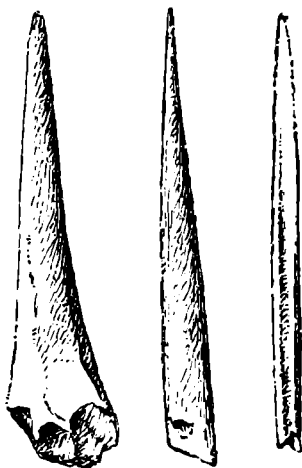


Fig. 8

IX. *Instrumentos romos*. Son una serie de utensilios de morfología y aspecto inconfundible, que impresionan como si el hueso que sirvió para su fabricación hubiera sido trabajado mediante grandes golpes y luego, toscamente alisado sobre rocas de grano grueso. En otros términos, no son el resultado de un trabajo cuidadoso y menudo. La punta es la única sección que aparece pulida en mayor o menor grado, pero da la impresión de que ese pulimento sea resultado del mucho uso y no intencional. Generalmente, están trabajados sobre huesos metatarsianos de animales adultos, con un extremo útil y el otro, al natural, pues la polea articular se adecúa fácilmente a la mano para su manejo.

Nunca la punta fué tan aguzada como para que puedan ser considerados como punzones. Los dibujos de la figura dan idea de su aspecto.

Proceden todos ellos de tan sólo tres yacimientos: Yakoraite, Tilcara y La Huerta (fig. 9).

Discusión. El uso a que estuvieron destinados plantea, como en el caso de las espátulas, problemas de nomenclatura y de función. A continuación, intentaremos una clarificación de este asunto.

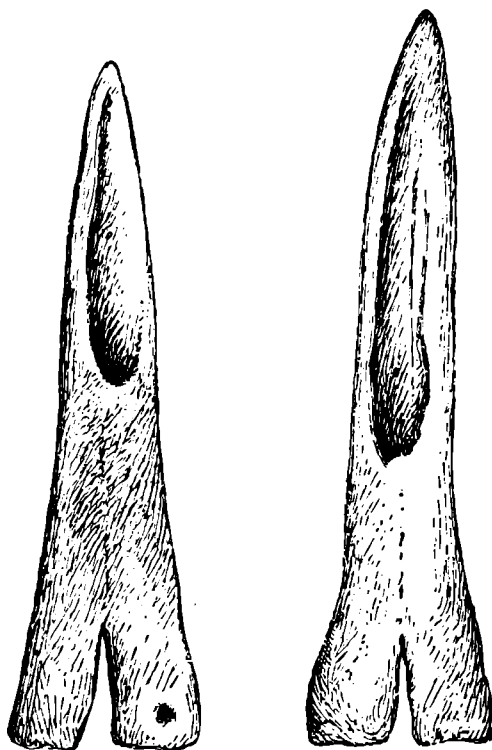


Fig. 9

Serrano (1945, fig. 197) denomina a algunos instrumentos muy semejantes «puñales de hueso»; en efecto, la simple acción de asirlos por el extremo no trabajado trae a la mente esa idea, pero es bien pronto desechada, pues no tienen ni filo ni punta aguda. Tanto es así, que él mismo, ha encerrado la denominación entre comillas, como si la hubiera puesto para salir del paso.

Menghín y González (1954, pág. 248) se ocupan de un ejemplar procedente de *Ongamira* y se inclinan por la presunción de que hayan sido útiles de cestería. Consultado el primero de los autores nombrados sobre nuestros ejemplares, se manifestó partidario de que éstos, en especial, hayan servido como desolladores.

Nordenskjöld (1906, lám. III, 12) publica un instrumento semejante a los que están en cuestión como instrumento para tejer. Valcárcel (1935, lám. VI y VII) presenta varias piezas análogas con el nombre de «ruqui». Burgos (1927, pág. 36) llama «rokey» (el ruqui de Valcárcel) al instrumento especializado que sirve para separar los hilos de la urdimbre, facilitando los cruces. ¿No habrán tenido nuestros utensilios esa finalidad? Pensamos que sí, y con este supuesto, explicaríamos también el uso de otro tipo de instrumentos de morfología poco precisa: ciertas piezas realizadas sobre huesos largos con uno de sus extremos pulido y romo. En apoyo de esta interpretación contamos con un paralelo de carácter etnográfico: uno de los instrumentos del equipo para tejer fajas de lana que Boman adquiriera en *Queta* a una vieja indígena, está confeccionado sobre un metatarsiano de llama, pulido en uno de los extremos, que resiste la comparación con aquéllos (Boman, 1908, fig. 95, pp. 442 y ss.). Se trataría de una «huichuna» o naveta por medio de la cual se pasa el hilo de la trama de un lado al otro.

También serían rokey las piezas procedentes de *La Paya* que Boman (fig. 13) describe en la misma obra y otro que Ambrosetti (1907, fig. 7) describe de *Casa Morada*, parecido también a un topo y con un personaje de aspecto peruano. Se trata en ambos casos de rokey con tallas antropomorfas (Valcárcel, 1935, lám. VI y VII). Este tipo de rokey tan evolucionado tiene también su equivalente en la Quebrada de Humahuaca, tal como lo prueba un ejemplar procedente de La Huerta (Lafón 1954) que en otra oportunidad publicamos sin insistir en su importancia.

En la cabeza ha sido tallada un ave con las alas desplegadas. Hasta aquí, nuestra argumentación, que creemos justifica plenamente la denominación de rokey y el uso que proponemos para estos instrumentos.

Los *silbatos* hechos con cráneos de mamíferos permiten integrar una categoría muy singular entre los utensilios de hueso de la zona que nos ocupa. No son muy frecuentes, pero la cantidad existente en diversos yacimientos, quita a su presencia el carácter de excepcional. Han aparecido en Angosto Chico y pucará de Juella (Casanova, 1942 pág. 85 y fig. 3) y en Volcán (Gatto, 1946). (fig. 10).

El primero de los autores nombrados describe uno de sus hallazgos como «un cráneo de armadillo de seis bandas, que tiene dos agujeros en su parte superior» y el segundo, procedente de Juella, semejante, «tiene agregado al cráneo mediante una materia resinosa, un número de ave que, además de estar seccionado en sus extremos, presenta un agujero igual a los del cráneo». Vale decir, que se trata de un instrumento com-

puesto por un cráneo de animal relativamente pequeño y un tubo de hueso, ambos preparados para emitir diversos sonidos, según las perforaciones. Casanova, en aquel entonces, supuso que se trataba de un instrumento musical y esgrime a su favor un testimonio etnográfico (Casanova, 1942, pág. 85, nota 4) y también declara no conocer ejemplar semejante.

Con respecto a la frecuencia de su aparición en los diversos yacimientos nos preguntamos si no habrá sido mayor. En muchos sitios han aparecido cráneos de pequeños roedores o mamíferos cuya explicación se hace difícil, y en su ocasión, nos referiremos a la gran cantidad de tubos de hueso que figuran en las colecciones estudiadas. Quizá, muchos de estos hallazgos deban unirse, con lo que explicaríamos ambos utensilios y han sido inventariados por separado, por hallarse separados y porque el colector desconocía instrumentos semejantes.

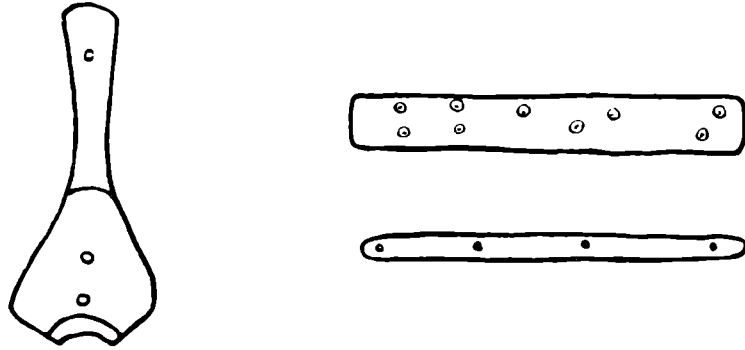
Discusión. Se trata, sin lugar a dudas, de un instrumento musical de amplia dispersión en el continente sudamericano (Isikowitz, 1935, pág. 272 y ss.) y su presencia repetida en las ruinas de Humahuaca, plantea problemas que tocan muy de cerca a su origen y a su cronología. Según se desprende del autor citado su uso fué muy común en el momento incaico y en la era anterior al descubrimiento, donde eran usados en una ceremonia especial. También existen vasos modelados que representan su uso, procedente uno de ellos, de Pachacamac. (Schmidt, 1927, pág. 217).

En cuanto a la dispersión, también parece haberse dirigido de Este a Oeste a partir del Brasil. Su presencia entre los *Matacos*, sería el eslabón previo a su llegada a Humahuaca. Ambos informes serán objeto de interpretación en oportunidad de las conclusiones.

XI. *Puntas de flecha sin pedúnculo.* Hemos agregado este tipo de artefactos en base a tres ejemplares, los únicos que conocemos para la Quebrada de Humahuaca. Llevan los números 44-3267, 44-3268 y 44-3270, de las colecciones del Museo Etnográfico. Desgraciadamente, el único dato que consta en el acápite «Procedencia» es Quebrada de Humahuaca, sin especificar el lugar exacto donde aparecieron, defecto original, propio de la colección particular de la que formaron parte.

Sin embargo, aunque sin mayores detalles, constituyen un objeto de significación especial y variada morfología que merece algunas consideraciones, puesto que la seriedad del coleccionista permite dar fe al lugar de origen.

Las puntas sin pedúnculo son de hallazgo más o menos frecuente en el Noroeste, como puede deducirse de su dispersión que abarca una am-



Volcán	+
Tumbaya	
Ciénega Grande	
Huichairas	
Hornillos	
Tilcara	+
Algarrobo	
Alfarcito	
La Isla	
Puerta de Juella	+
Angosto Chico	+
La Huerta	+
Campo Morado	
Yacoraite	
Los Amarillos	
Calete	
Peñas Blancas	
Coctaca	
La Cueva	
Pucará Morado	
Pueblo Viejo	

FIGURA 10

plia zona. Han sido confeccionadas con huesos largos y su longitud variable entre los seis y catorce cm. mientras que el espesor llega a tres o cuatro milímetros, lo que les proporciona una solidez adecuada.

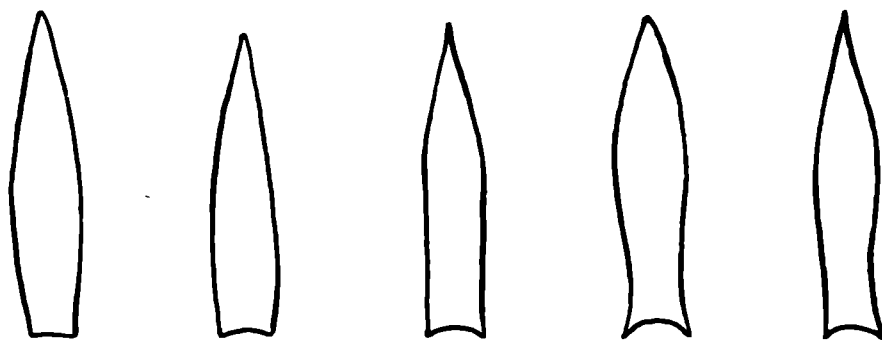
La morfología variada ha permitido que identifiquemos cinco tipos distintos, de los cuales tres están representados en el área humahuaca, clasificación que se basa en la forma final que adquirió el limbo, que es el elemento morfológico sujeto a mayor variación. Otros elementos, como la base, siempre cóncava, permanecen constantes. Excepcionalmente, en algunos ejemplares, pueden reconocerse restos del canal medular. En algunos casos, el aspecto exterior sugeriría el uso de alguna otra sustancia —la dentina— como materia prima, pero estudios posteriores demostraron que no había tal cosa y sí una técnica especial (González, 1943, pág. 33). (fig. 11).

En cuanto a la técnica que fué utilizada para su enmargamiento sólo tenemos datos comprobados para el hallazgo efectuado en *Caspinchango* (Debenedetti, 1918, pág. 42 fig. 25) pero nada impide sospechar procedimientos análogos para los restantes lugares, puesto que reproduce un procedimiento análogo al utilizado para el enmangamiento de las puntas líticas de la misma especie.

Las puntas de flecha de hueso sin pedúnculo no constituyen, al parecer, un objeto de significación particular en la Quebrada. Su centro de dispersión parece estar más al sur, de donde invadieron hacia diversas regiones. Es notable, sin embargo, que el mayor número de hallazgos corresponda a la zona nororiental, localizada en Iruya, con ocho ejemplares.

XII. *Objetos de uso incierto.* Hemos agrupado en este rubro dos objetos casi idénticos elaborados ambos sobre una lámina de forma prismática regular, de unos cinco cm. de largo, por seis milímetros de alto y 2 mm. de espesor, que proceden el uno del *Pucará de Tilcara* y el otro de *La Huerta*. En los dos, las caras están decoradas con el mismo motivo, círculo con punto central, y además, tienen una serie de perforaciones transversales, paralelas a las caras decoradas. La primera explicación que surge, es que se haya tratado de adornos para coser vestiduras, tanto por el tamaño como por la decoración y a falta de elementos probatorios, la explicación no es definitiva, pero sí verosímil (fig. 10).

Discusión. Ya en otra oportunidad (Lafón, 1954, pág. 70) nos ocupamos de uno de estos objetos al estudiar los materiales procedentes de *La Huerta* y atentos al testimonio de Kroeber, destacamos la semejanza



Q. de Hum.	+	+	+		
Casabindo		?	?		
Iruya	+	+	+		
La Paya		+	+	+	+
Amaicha		+			
Fte. Quemado	+	+			
Caspinchango		+			
Valle de Yocavil	+				+
Sanagasta		?	?		
El Barreal					+
Calingasta			+		
Rumipal	+			+	
Sgo. del Estero	+			+	

Cuadro de dispersión de las puntas de flecha sin pedúnculo

Referencias:

1, *Casabindo* (Boman, 1908, pág. 235); 2, *Q. de Humahuaca* (Museo Etnográfico, piezas N.º 44-3267, 3268 y 3270), este punto ha sido ubicado convencionalmente; 3, *La Paya* (Ambrosetti, 1902 a, fig. 11 y Boman, 1908, fig. 13); 4, *Amaicha* (Debenedetti, 1921, pág. 43); 5, *Fuerte Quemado* (Bruch, 1913, fig. 99); 6, *Caspinchango* (Debenedetti, 1921, fig. 25); 7, *Valle de Yocavil* (Ambrosetti, 1902 b, fig. 35 y 36), este punto ha sido ubicado convencionalmente; 8, *Sanagasta* (Boman, 1908, pág. 236); 9, *El Barreal* (Debenedetti, 1917, fig. 12); 10, *Calingasta* (Ambrosetti, 1902 b, fig. 33); 11, *Rumipal* (González, 1943, lám. VIII); 12, *Iruya* (Museo Etnográfico, piezas N.º 48247 a 48254); 13, *Santiago del Estero* (Reichlen, 1940, fig. 27), este punto ha sido ubicado convencionalmente.

FIGURA 11

de estos «adornos» con algunas balanzas procedentes de *Chincha* (Kroeber, 1914, pág. 38-39). En efecto, la semejanza es notable, incluidos los motivos decorativos. La única diferencia radica en el tamaño extraordinariamente reducido de nuestros ejemplares, que apenas alcanzan a una quinta o una sexta parte de la longitud de aquéllas.

De admitir que fueran destinadas al mismo uso, deberíamos admitir a la vez la existencia de instrumentos que bien pueden llamarse de precisión, lo que inhibe bastante nuestras correlaciones. Con todo, no descartamos totalmente esa posibilidad, puesto que se trata de utensilios muy tardíos propios del patrimonio incaico o de culturas fuertemente incaizadas y sabemos que la intensidad del horizonte incaico en Humahuaca es acentuada.

CONCLUSIONES

I. La industria del hueso ha constituido, sin duda, un sector representativo de la tecnología de los antiguos pobladores de la Quebrada de Humahuaca, como lo atestiguan la variedad y el grado de especialización de muchos de los instrumentos que venimos de clasificar y el hecho de que esta industria se encuentre representada en dieciséis de los veintidós yacimientos que han servido de base a nuestra encuesta. Su ausencia en *Tumbaya*, *Algarrobo*, *Alfarcito*, *La Cueva* y *Pueblo Viejo*, no debe considerarse como definitiva, sino casual dado el carácter preliminar de los trabajos arqueológicos en estos lugares.

La uniformidad de los detalles técnicos en cada uno de los utensilios que han aparecido en los distintos yacimientos son la expresión clara de una industria que, aunque no puede ser considerada como propia de la cultura humahuaca, tuvo su acento marcadamente local en algunos casos, mientras que en otros, este localismo no alcanzó a enmascarar totalmente su origen alóctono. Todos los artefactos estudiados tienen un sello general que en términos de cronología puede considerarse como «tardío», de tal manera que los instrumentos puntiagudos, únicos que admiten un antecedente de cierta antigüedad, en el caso particular de su presencia en Humahuaca, deben ser interpretados como una supervivencia estática de antiguos utensilios y no como detalles representativos de valor temporal. Demás está decir que ningún ejemplar ostenta, ni por asomo, principio de fosilización y todos, por el contrario, un aspecto de frescura que habla bien a las claras de su poca antigüedad.

Esta singularidad permite, sin embargo, fijar con cierta seguridad uno de los mojones temporales que no por recientes dejan de tener im-

portancia, como ocurre con ¡la presencia de los aspectos que demuestran la existencia del horizonte incaico. Tal el caso de los utensilios que como los rokey, las balanzas (p), los silbatos hechos con cráneos de mamíferos y algunos peines, que reconocen específicamente su origen en el último momento de la civilización peruana. Esta comprobación sirve para fortalecer un estudio anterior que realizamos acerca de la intensidad del horizonte incaico en esta área. (Lafón, 1957).

II. Si bien la mayoría de los artefactos de hueso integran una serie de elementos de origen andino, existen algunos cuyo origen debe ir a buscarse en la Amazonia. Por extraña coincidencia, éste es el caso de las «cornetas» que pasaban por ser algo muy típico de Humahuaca y cuyo centro de dispersión debe adscribirse, necesariamente, al Brasil central, como lo hemos demostrado en su oportunidad. Este es también, el centro de origen de aquellos silbatos fabricados con cráneos de pequeños mamíferos, aunque su llegada a la Quebrada se haya producido gracias a los influjos incaicos, pues fué entre los *Incas* donde esos instrumentos musicales alcanzaron particular significado.

La discriminación exacta en cuanto a la procedencia de ciertos elementos patrimoniales de la cultura humahuaca está todavía por realizarse. Para el momento en que se lleve a cabo, llamamos la atención sobre las cornetas y silbatos motivo de nuestra aclaración, como así también sobre la presencia de tembetás (Iribarren Charlín, 1950), el uso intensivo de calabazas como recipiente y para instrumentos musicales, la inhumación de adultos en urnas y el entierro en las habitaciones, que hablan bien a las claras de un fuerte impacto cultural, si no totalmente amazónico, por lo menos con un fuerte acento de ese origen.

III. De todos los artefactos que hemos estudiado, uno solo, en rigor de verdad, se presenta con caracteres de exclusivismo que denotan una neta especialización local: las horquetas de atalaje o tarabitas.

Al respecto repetimos la observación sobre la dificultad técnica que tuvieron que sortear sus fabricantes circunstanciales que explica su escasez. Llamamos al mismo tiempo la atención sobre un hecho bastante sugestivo: el hallazgo de las horquetas de atalaje coincide en casi todos los casos con el hallazgo de cráneos trofeo, y como hemos tenido oportunidad de comprobarlo personalmente, en *La Huerta*, eran de este material las tarabitas que pendían de la cuerda que sirvió para sostenerlo. Bien puede ser que hayan estado reservadas las tarabitas de hueso para esta finalidad, que no requiere tanta resistencia como la que era necesaria

de estos «adornos» con algunas balanzas procedentes de *Chincha* (Kroeber, 1914, pág. 38-39). En efecto, la semejanza es notable, incluidos los motivos decorativos. La única diferencia radica en el tamaño extraordinariamente reducido de nuestros ejemplares, que apenas alcanzan a una quinta o una sexta parte de la longitud de aquéllas.

De admitir que fueran destinadas al mismo uso, deberíamos admitir a la vez la existencia de instrumentos que bien pueden llamarse de precisión, lo que inhibe bastante nuestras correlaciones. Con todo, no descartamos totalmente esa posibilidad, puesto que se trata de utensilios muy tardíos propios del patrimonio incaico o de culturas fuertemente incaizadas y sabemos que la intensidad del horizonte incaico en Humahuaca es acentuada.

CONCLUSIONES

I. La industria del hueso ha constituido, sin duda, un sector representativo de la tecnología de los antiguos pobladores de la Quebrada de Humahuaca, como lo atestiguan la variedad y el grado de especialización de muchos de los instrumentos que venimos de clasificar y el hecho de que esta industria se encuentre representada en dieciséis de los veintidós yacimientos que han servido de base a nuestra encuesta. Su ausencia en *Tumbaya*, *Algarrobo*, *Alfarcito*, *La Cueva* y *Pueblo Viejo*, no debe considerarse como definitiva, sino casual dado el carácter preliminar de los trabajos arqueológicos en estos lugares.

La uniformidad de los detalles técnicos en cada uno de los utensilios que han aparecido en los distintos yacimientos son la expresión clara de una industria que, aunque no puede ser considerada como propia de la cultura humahuaca, tuvo su acento marcadamente local en algunos casos, mientras que en otros, este localismo no alcanzó a enmascarar totalmente su origen alóctono. Todos los artefactos estudiados tienen un sello general que en términos de cronología puede considerarse como «tardío», de tal manera que los instrumentos puntiagudos, únicos que admiten un antecedente de cierta antigüedad, en el caso particular de su presencia en Humahuaca, deben ser interpretados como una supervivencia estática de antiguos utensilios y no como detalles representativos de valor temporal. Demás está decir que ningún ejemplar ostenta, ni por asomo, principio de fosilización y todos, por el contrario, un aspecto de frescura que habla bien a las claras de su poca antigüedad.

Esta singularidad permite, sin embargo, fijar con cierta seguridad uno de los mojones temporales que no por recientes dejan de tener im-

portancia, como ocurre con [la presencia de los aspectos que demuestran la existencia del horizonte incaico. Tal el caso de los utensilios que como los rokey, las balanzas (?), los silbatos hechos con cráneos de mamíferos y algunos peines, que reconocen específicamente su origen en el último momento de la civilización peruana. Esta comprobación sirve para fortalecer un estudio anterior que realizamos acerca de la intensidad del horizonte incaico en esta área. (Lafón, 1957).

II. Si bien la mayoría de los artefactos de hueso integran una serie de elementos de origen andino, existen algunos cuyo origen debe ir a buscarse en la Amazonia. Por extraña coincidencia, éste es el caso de las «cornetas» que pasaban por ser algo muy típico de Humahuaca y cuyo centro de dispersión debe adscribirse, necesariamente, al Brasil central, como lo hemos demostrado en su oportunidad. Este es también, el centro de origen de aquellos silbatos fabricados con cráneos de pequeños mamíferos, aunque su llegada a la Quebrada se haya producido gracias a los influjos incaicos, pues fué entre los *Incas* donde esos instrumentos musicales alcanzaron particular significado.

La discriminación exacta en cuanto a la procedencia de ciertos elementos patrimoniales de la cultura humahuaca está todavía por realizarse. Para el momento en que se lleve a cabo, llamamos la atención sobre las cornetas y silbatos motivo de nuestra aclaración, como así también sobre la presencia de tembetás (Iribarren Charlín, 1950), el uso intensivo de calabazas como recipiente y para instrumentos musicales, la inhumación de adultos en urnas y el entierro en las habitaciones, que hablan bien a las claras de un fuerte impacto cultural, si no totalmente amazónico, por lo menos con un fuerte acento de ese origen.

III. De todos los artefactos que hemos estudiado, uno solo, en rigor de verdad, se presenta con caracteres de exclusivismo que denotan una neta especialización local: las horquetas de atalaje o tarabitas.

Al respecto repetimos la observación sobre la dificultad técnica que tuvieron que sortear sus fabricantes circunstanciales que explica su escasez. Llamamos al mismo tiempo la atención sobre un hecho bastante sugestivo: el hallazgo de las horquetas de atalaje coincide en casi todos los casos con el hallazgo de cráneos trofeo, y como hemos tenido oportunidad de comprobarlo personalmente, en *La Huerta*, eran de este material las tarabitas que pendían de la cuerda que sirvió para sostenerlo. Bien puede ser que hayan estado reservadas las tarabitas de hueso para esta finalidad, que no requiere tanta resistencia como la que era necesaria

para atalajar una llama o liar una carga de varios kilos de peso sobre su lomo.

IV. De todos los restantes instrumentos, algunos reconocen similares en zonas alejadas de nuestro país, como ya lo hicimos notar, y otros en zonas vecinas. Esto último ocurre con las que hemos llamado espátulas simples y espátulas en forma de topo. Su dispersión sugiere predominantemente una orientación hacia el N. y el O. por la frecuencia de los hallazgos en la Puna jujeña y el sector atacameño chileno, puesto que los hallazgos documentados más hacia el S. son escasos. En cuanto a las puntas de flecha sin pedúnculo, a estar al análisis del mapa de dispersión, su centro parece encontrarse en la zona occidental de Tucumán. Sin embargo, los datos son tan restringidos que una generalización sobre bases tan pobres estaría viciada de errores iniciales. Seguramente esta falta de datos conspira contra la obtención de una idea acertada. Creemos que, pese a la presencia en zonas tan alejadas entre sí como *Iruya* y *Calingasta* o *Casabindo* y *Santiago del Estero*, deben interpretarse, más que como estaciones extremas de una circulación en sentido de los meridianos, como una serie de jalones marginales extremos, con relación a un centro de dispersión ubicado en la región oriental. Esto explicaría, en cierto modo, la discontinuidad de los hallazgos.

V. Las conclusiones que hasta ahora hemos extraído de nuestro ensayo no deben ser consideradas como definitivas, aunque su fundamentación surge por sí sola. Los estudios de conjunto requieren siempre ser completados con nuevos datos o nuevas contribuciones que gustosamente requerimos de aquellos que se interesan por este problema.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, JUAN B.: *Rastros etnográficos comunes en Calchaquí y en México*. En: *Anales de la S. Científica Argentina*, vol. LI, pág. 5 y ss. Buenos Aires, 1901.
- *Antigüedades calchaquíes*. (Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy) en *Anales de la S. Científica Argentina*, vol LIII, pág. 89 y ss. Buenos Aires, 1902.
- *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, (Valle Calchaquí, provincia de Salta). Campañas de 1906 y 1907. En Publ. de la *Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N.º 3, Buenos Aires, 1907.
- BAESSLER, ARTHUR: *Ancient peruvian art*. Leipzig, 1902-3.
- BENNETT, WENDELL C. y otros: *North Western Argentine Archaeology*. En *Yale University publications in Anthropology*. nros. 38 y 39. New Haven, 1948.
- BOMAN, ERIC: *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du desert d'Atacama*. Paris, 1908.
- BRUCH, CARLOS: *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*. en *Revista del Museo de La Plata*, vol. XIX, págs. 1-209. La Plata, 1913.
- BURGOS, F.: *Tejidos incaicos y criollos*. Buenos Aires, 1927.
- CASANOVA, EDUARDO: *Investigaciones arqueológicas en Sorcuayo*, (Punta de Jujuy). En *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, vol XXXIX, págs. 423-456. Buenos Aires, 1938.
- *El pucará de Hornillos*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana de la Universidad de Cuyo*, vol. III, págs. 249-265. Mendoza, 1942.
- *El yacimiento arqueológico de Angosto Chico*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. III, pág. 73 y ss: Buenos Aires, 1942.
- DEBENEDETTI, SALVADOR: *Exploración arqueológica en los cementerios prehispánicos de la Isla de Tilcara*. (Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy). En *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N.º 6. Buenos Aires, 1910.
- *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de San Juan*. Publicaciones de la *Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N.º 15. Buenos Aires, 1917.
- *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N.º 20. Buenos Aires, 1921.
- *L'ancienne civilisation des Barreales*, en *Ars Americana*, II. París, 1931.
- GATTO, SANTIAGO: *Exploraciones arqueológicas en el pucará de Volcán*, en *Revista del Museo de La Plata*. N. S. Sección Antropología, vol. IV, págs. 5-91. La Plata, 1946.

- GONZÁLEZ, A. R.: *Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal* (Provincia de Córdoba). En *Universidad Nacional de Córdoba*, Publ. del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore «Dr. Pablo Cabrera». VI Córdoba, 1943.
- IRIBARREN CHARLIN, J.: *Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá*. Ovalle, Chile, 1950.
- ISKOWITZ, KARL: *Musical and other sound instruments of the south american indians*, en *Göteborg Kunst, vetenskaps och vitterhets samhälles handlingar, Femte folden, sev. A. Band 5, N.º 1*. Göteborg, 1935.
- KROEBER, A. L. y STRONG, W. D.: *The Uhle collection from Chíncha*, en *University of California Publications in Archaeology and Ethnology*, XXI, N.º 1. Berkeley and Los Angeles, 1924.
- LATCHAM: R.: *Arqueología de la región atacameña*. Sgo. de Chile, 1938.
- LAFÓN, CIRO RENÉ: *Arqueología de la Quebrada de la Huerta* (Q. de Humahuaca. Pcia. de Jujuy). en *Publicaciones del Instituto de Arqueología*. N.º 1. Buenos Aires, 1954.
— «*El horizonte incaico en Humahuaca*» En: *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XII, año 1956, Mendoza 1957, pp. 63-74.
- LEHMANN-NITSCHKE, ROBERTO: *Catálogo de las antigüedades de la Provincia de Jujuy conservadas en el Museo de La Plata*, en *Revista del Museo de La Plata*, vol. II, págs. 73-120, La Plata, 1904.
- MARENGO, CARMEN: *El antigal de Los Amarillos*, en *Publicaciones del Instituto de Arqueología*, N.º II, Buenos Aires, 1954.
- MENGHIN, O. y GONZÁLEZ, A. R.: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira*, Córdoba (República Argentina), en *Notas del Museo de La Plata*, vol. XII, Antropología, pág. 67. La Plata, 1954.
- MONTELL, G.: *An archaeological collection from the río Loa Valley*, en *Oslo Etnografiske Museums. Skrifter Bind 5 Hefte 1*. Oslo, 1926.
- MOSTNY, GRETA: *Una tumba de Chiu-Chiu*, en *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Vol. XXVI, N.º 1. Sgo. de Chile, 1952.
- NORDENSKIÖLD, E.: *Arkeologiska undersökningar i Perus och Bolivias grans trakter 1904-1905*. (Kunsk. Svensk Vetensk. Handlingar, T. 42, N.º 2). Uppsala, 1906.
— *The changes in the material culture of two Indian tribes under the influence of new surroundings*, en *Comparative Ethnographical Studies*, N.º 2, Göteborg, 1920.
- PEPPER, GEORGE: *Pueblo Bonito*, en *Anthropological Papers of the Peabody Museum*, vol. XXVII. New York, 1920.
- REICHEN, HENRY: *Recherches archéologiques dans la Province de Santiago del Estero*, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*. vol. XXXII, págs. 133-225. París, 1940.
- VON ROSEN: *Popular account of archaeological research during the Chaco-cordillera expedition. 1901-1902*. Stockholm, 1924.
Enförgangen värld. Stockholm, 1919.

- RYDEN, STIG: *Contributions to the archaeology of the Rto Loa Region*. Göteborg, 1944.
- SALAS, ALBERTO M.: *El antigel de Ciénaga Grande*, en *Publicaciones del Museo Etnográfico*, Serie A., N.º 5, Buenos Aires, 1945.
- SCHMIDT, MAX: *Kunst und Kultur von Perú*, Berlín, 1929.
- SERRANO, ANTONIO: *Los comechingones*, Córdoba, 1945.
- VALCÁRCEL: *Sazahuaman redescubierto (IV)*, en *Revista del Museo Nacional de Lima*, vol. IV, N.º 2, págs. 161-203. Lima, 1935.